



El eterno guerrero

por Marc H. Wyman

y Chris Bogue

Relato de Gushémal

Otros relatos del mundo de Gushémal

- El llamado del dragón, Partes I y II
- La ruina y la esperanza
- Doncella broquelera
- La niñez del guerrero
- Promesa solemne

Lean estos relatos en nuestro sitio de Internet:

<http://www.gushemal.com/stories.htm>

¡Lean también los “Relatos de los viajeros del mundo”!

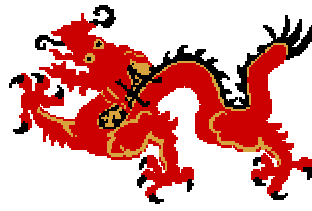
Bájenlos del siguiente enlace:

<http://www.gushemal.com/si/download.htm>

© 2001 de T.I.P. Entertainment

Se autoriza la distribución gratuita de este texto, siempre que se mencione a los titulares de la propiedad intelectual y los autores (o bien, si se respeta la integridad del texto).

Los comentarios sobre este relato diríjanlos a marc@gushemal.com. ¡Siempre estamos a la espera de la respuesta de ustedes! (De indicarse expresamente, sus comentarios tienen posibilidad de aparecer en el sitio de Internet.)



—¿Qué haces? —susurró Cornell de Cayaboré a su compañero bárbaro, Gabe—.

Ambos estaban agazapados en la cima de una colina observando sus laderas, ocultos tras espinosos arbustos de la vista de quienes se hallaban en el valle inferior.

Eran los tonomai, hombres de piel verde oliva ataviados en ropajes amplios que se acampanaban al viento. Entre ellos había algunas mujeres, sacerdotisas del Dios Único, reconocibles por su toga roja con bordados dorados y la tiara plateada. Los hombres eran guerreros que usaban cimitarras y protecciones de cuero ligeras encima de camisas color arena y medias faldas azules.

En total, Cornell contó veintiséis guerreros que formaban un círculo irregular alrededor de las cuatro sacerdotisas. Dos hombres más se hallaban de pie cerca de ellas y las observaban con atención. Deberían ser los comandantes, supuso Cornell, al juzgar por el ornato de sus hombreras. A su lado se ubicaba un altar de piedra circular de alrededor de un metro de alto y un metro y 20 centímetros de diámetro, en el que había algo con la extraña apariencia de grilletes.

—Se me hace —musitó Gabe para señalar la carpa que estaba fuera del círculo— que habrá un sacrificio ritual.

En este momento salió de la carpa una quinta sacerdotisa, que arrastraba una criatura diminuta y esmirriada. El hombrecillo tenía cerca de un metro de altura, cabello ocre cuyas puntas iban hacia todos lados y brillantes ojos bien abiertos de asombro y temor. Estaba maniatado con tiras de cuero, precaución al parecer innecesaria: en los tobillos le sangraban heridas, cortes que le dificultaban tanto caminar que la sacerdotisa lo llevaba prácticamente en vilo.

—Un alreu —asintió ceñudo Cornell—.

Rápidamente miró hacia sus espaldas, hacia la otra falda de la colina, donde Flink se hallaba cuidando los caballos. El hombrecillo de su propia partida no parecía muy feliz, según al parecer le contaba a la yegua de Cornell. Estaría menos feliz aún si supiera lo que sucedía en el valle; o peor: saldría corriendo hacia el grupo de tonomai para salvar a su congénere.

La quinta sacerdotisa subió al alreu al altar. Las otras cuatro se reunieron alrededor de la piedra tomándose de la mano para formar un círculo. La que estaba en el medio con calma le colocó los grilletes al hombrecillo.

—Veintiocho guerreros, cinco sacerdotisas —dijo Cornell—. ¿Qué piensas?

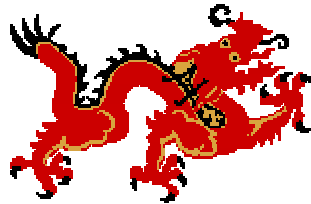
Gabe sacó de la espalda su gran hacha de factura enaniense.

—*Bryell* y yo nos encargaremos de los guerreros; tú, de las sacerdotisas.

El cayaboreano puso mala cara, mas antes de poder decir una palabra una voz de mujer salió del broquel que llevaba en el brazo izquierdo:

—Seré de ayuda, escudero. Mi borde es más filoso que una espada, por lo que puedo atravesar a los tonomai si me lanzas.

—Vale la pena hacer el intento —gruñó Cornell, que le dio el visto bueno a Gabe con la cabeza—. Vamos.



La sacerdotisa que se hallaba en el altar blandía una daga de unos 30 centímetros de largo, cuya empuñadura de marfil tenía tallados exquisitamente diminutos detalles que representaban escenas de adoración religiosa. Todos los ojos de los tonomai estaban puestos en ella al tiempo que levantaba la daga al grito de “Señor, oídme, oh Verdadero Dios Único! Recibe esta ofrenda y...”

Sus palabras se vieron interrumpidas abruptamente cuando un disco de madera duéndica apareció dando vueltas por el aire para atravesarle la garganta. Le saltaban los ojos en una expresión que se aferraba a la vida apenas un instante, antes de que la cabeza cayera despegada del cuerpo, que la siguió un momento después nomás. El escudo de madera duéndica rebotó en el altar a apenas unos centímetros del alreu objeto del sacrificio y sus alaridos; a toda velocidad iba y no podía detenerse cuando atravesó a uno de los comandantes por el pecho antes de que pudiera comprender lo que ocurría.

—¡Peguemos la vuelta, Halla! —se escuchó decir a una voz masculina desde el escudo al tiempo que ensartaba otro guerrero mientras regresaba hacia Cornell—.

El cayaboreano y Gabe corrían ladera abajo con las armas prestas para el combate. El broquel enfiló hacia Cornell, quien fácilmente lo atrapó al vuelo introduciendo el brazo izquierdo en las agarraderas al instante.

—Bueno, escudado —dijo la voz femenina del broquel—, hagamos estragos.

No hizo falta que dijera más, pues ambos guerreros ya enfrentaban al primer tonomai. Cornell bajó a un sorprendido primer enemigo, en tanto que Gabe daba con alegría su grito de guerra y de un hachazo le arrancaba la cabeza a un tonomai. La mirada del hombre todavía tenía impresa la sorpresa mientras la cabeza caía rodando en el arenoso suelo.

—¡Al ataque! —gritó un tonomai, como si hubiera hecho falta—.

El siguiente contrincante de Cornell ya había desenvainado la cimitarra y evitado la estocada, al tiempo que quienes tenía a ambos lados cargaban los aceros contra el cayaboreano. Cornell golpeó la primera espada con el escudo: el borde de la madera duéndica partió la cimitarra en dos; mientras, contuvo el ataque del segundo tonomai con la espada mágica que Sylasa le había dado dos meses antes, y que apenas tembló ante el impacto.

Cornell se sacó de encima a puntapiés las piernas de su anterior contrincante, que no lo dejaban maniobrar. El tonomai más cercano maldijo al ver su espada rota. Del lado opuesto, el tonomai arremetió con renovada furia, sólo para toparse con el sonriente cayaboreano, que lo esquivó y le clavó la espada en el pecho.

—Si sirvió con un duende, sirve contigo también —espetó—.

Acto seguido, Cornell brincó hacia atrás, ya que más guerreros se le venían encima.

Y se quedó helado en estado de conmoción al ver que el aire, de repente, se volvía sólido alrededor de los tonomai con los que acababa de pelear. Estaban encerrados en un bloque de diamante destellante, resplandeciente y mortal.

—¡Las sacerdotisas! —gritó la voz masculina desde el escudo—. ¡Es uno de sus hechizos!

—Yo me las tomo —anunció otra voz desde el broquel—.

Cornell se quedó mirando al tiempo que los restantes tonomai súbitamente detuvieron su ataque. Las cimitarras parecían congeladas en el aire mientras los guerreros miraban alrededor frenéticamente, como si ya no pudiesen ver a sus oponentes.

—El que no ve no lastima —dijo altiva la segunda voz del escudo, a quien siguió rápidamente la voz de Halla Valfrey—: ¡Escudado, Nev nos ha vuelto invisibles! ¡El cobarde cree que así va a escapar! ¡Aprovéchalo, rápido, escudado!

Como no era de los que dejaban pasar una oportunidad, Cornell corrió hacia delante y arremetió contra el tonomai más próximo. El guerrero, claro está, no vio venir la estocada, por lo que no se defendió: la espada atravesó su protección de cuero como si fuera manteca al hundirse el acero en la carne que estaba debajo. Los otros gritaban alarmados, mas Cornell volteó la mirada hacia las sacerdotisas para ver que una levantaba las manos hacia él.

También vio que otra de ellas estaba de pie junto al alreu, empuñando la daga de la suma sacerdotisa, lista para continuar con el ritual.

La defensa propia era lo primero, por lo que Cornell se hizo a un lado, justo a tiempo para eludir el bloque de diamante que se había formado detrás de él, atrapando tanto a los tonomai que había acabado de matar como al desafortunado guerrero que estaba a su lado.

—¡Demonio! ¡Demonio! —gritó un tonomai, a quien Gabe bajó de un hachazo—.

—¿Estás bien, Cornell? —gritó el bárbaro en la cargada atmósfera del lugar—.

De pie a su lado, el cayaboreano musitó:

—¡Estoy bien, dale con todo!

Por suerte, Gabe hizo lo que se le pidió, yéndose de cabeza hacia el siguiente grupo de guerreros tonomai. Cornell ojeó el altar: tres sacerdotisas formaban un círculo improvisado, en tanto que la cuarta se aprestaba a sacrificar al alreu. Una luz azul las envolvía al tiempo que descargas destellantes danzaban alrededor de las cuatro.

Cornell se echó a correr hacia el altar, haciendo a un lado a un guerrero tonomai con el escudo, para agazaparse apenas vio que una de las sacerdotisas miraba para donde él se hallaba. No le sobró ni un segundo, ya que justo en ese instante un rayo le pasó al lado de la cabeza.

—¡Maldición! —gritó Halla desde el escudo—. ¡Las sacerdotisas sí nos ven!

Y claro que las demás sacerdotisas vieron que Cornell se precipitaba sobre ellas: disolvieron el círculo en instantes y levantaron las manos para echar su hechizo. El cayaboreano se arrojó al suelo y, tras maldecir, rodó hacia un costado al tiempo que las descargas de magia le surcaban el aire por encima de él.

—Halla, ¿podrás con ellas?

—Sí, —respondió con calma la voz de mujer—.

Cornell levantó el torso lo justo para poder lanzar el escudo, que salió despedido con suavidad, girando frenéticamente en una trayectoria medio errática al momento de bajar a la primera sacerdotisa, para después rebotar en el altar de piedra y atacar a otro comandante tonomai. Las mujeres estaban atónitas, lo cual era entendible y, además, permitió a Cornell incorporarse rápidamente y darle una estocada a otra de las sacerdotisas, que pegó un alarido lastimero y apagado, para después caer; entretanto, el cayaboreano estiró el brazo para calzarse nuevamente las agarraderas del escudo.

Sólo quedaban dos sacerdotisas.

En eso pensaba Cornell cuando estaba a punto de avanzar. En ese preciso momento una sacerdotisa soltó otro hechizo. Una corriente ígnea penetró al cayaboreano por un costado, quemándole el brazo derecho. Perdió la espada, cayó de rodillas e, instintivamente, intentó tomar el brazo dañado con el izquierdo. Mas todavía tenía allí el escudo, lo que hizo que la madera duéndica tocara la lastimadura.

No sabía lo que ocurría. En un momento sentía que un ardor sofocante le recorría el brazo; de pronto, tenía la sensación de que le volvían las fuerzas, y que físicamente estaba tan saludable como si no hubiera librado una batalla en absoluto.

Sorprendido y todo, las sacerdotisas se quedaron estupefactas al ver a su oponente levantarse como si tal cosa, recoger su acero y renovar su ataque. Ambas cayeron rápidamente, incapaces de echar otro hechizo.

Con ceño profundo y atención Cornell observó los cadáveres.

—Basta para los tonomai —espetó la primera voz masculina—. Corren como liebres.

Los ojos de Cornell le decían que así era: por el valle huían unos quince guerreros que habían sobrevivido a la carnicería. A unos metros del cayaboreano se hallaba Gabe con *bwyell* encima de la cabeza:

—¿Qué hacen? —les gritó a los tonomai—. La pelea todavía no terminó, por Cachemir. ¡Regresen!

—Gabe, déjalos —dijo Cornell y se dirigió al altar, donde estaba el alreu con grilletes, que lo miraba con una mezcla de espanto y curiosidad—. Tranquilo —lo calmó Cornell—, ya nadie te va a lastimar.

—¿*Ich bin frei*? —preguntó el alreu en el idioma de su pueblo—.

—Tú... —amagó Cornell, mas se percató de que la criatura tal vez no entendería sus palabras—.

No tendría que haberse preocupado, pues una voz finita se coló desde atrás:

—*Ihr seid gerettet, werter Freund! ¡Es gibt keine Gefahr mehr!* —exclamó Flink, su propio alreu, que fue raudo al altar, se subió encima de la piedra y comenzó a abrir los grilletes; no sin dirigirle una mirada de reproche, inquirió a Cornell—: Bueno, señor, ¿por qué no me dijo que iba a haber una pelea? ¡Fue de muy mala educación, señor, de veras!

—Lo recordaré para la próxima —dijo Cornell—.

—Realmente espero que sí, señor. ¡Y lo mismo va para ti, Gabe! —aclaró Flink señalando al bárbaro que se aproximaba—. ¡Me guardaré de permanecer con los caballos cuando dices que sólo quieres echar una mirada sobre la colina! ¡Por todos los dioses, toda esta experiencia desperdiciada porque no me avisaste!

—Lo lamento —dijo Gabe, más para acallar al alreu que por verdadera contrición—. Igual, ¿cómo se llama el pequeño?

Flink giró la cabeza y miró al otro alreu:

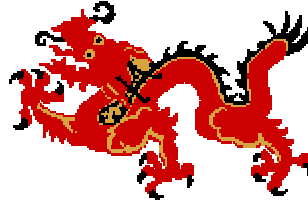
—*¿Wertes Freund, mögt Ihr mir mitteilen, wie Euer Name lautet?*

—*Ich heiße...* —comenzó el hombrecillo, mas lo pensó mejor y, en tono vacilante, dijo—: Me llamo Geschwind, soy de Kleine Heimat, en la costa. Te agradezco noble *krieger* por salvarme la vida.

—Me alegro de haber sido útil —respondió Cornell sonriente—.

A lo lejos se oyó una trompeta. El cayaboreano frunció el ceño:

—Parece que hay más tonomai por ahí. Mejor que montemos y nos vayamos.



Geschwind y Flink compartían el caballo enano del último en la continuación de la cabalgata de la partida. Ambos hablaban animadamente en su idioma, aunque ninguno controlaba mucho las riendas; empero, el caballo había decidido seguir a los corceles de los dos guerreros, que rumboaban hacia el mismo lado.

—Nos siguen —anunció Gabe, prestándole escasa atención al camino, desviándosele la mirada cada tanto por la montañosa zona que los rodeaba—.

—Ya los vi —asintió Cornell señalando hacia el sudeste—. Hay destellos de metal a casi dos kilómetros de distancia. Los vi entre las colinas. Cabalgan paralelamente a nosotros. La pregunta es ¿por qué no atacan?

Gabe se encogió de hombros:

—Los tonomai le tomaron miedo a *bwyell*; les conviene.

—Bueno, los rebanamos de punta a punta —concluyó Cornell, negando con la cabeza y bajando la mirada hacia el escudo—. ¿Qué otros poderes tienes guardados allí, Halla?

Había hallado el broquel de madera duéndica en un templo abandonado en el límite del Desierto Elfadil mientras combatía a un holnesh —una criatura de varias cabezas, cada una de las cuales poseía el alma del ser inteligente que había devorado—. Las almas hablaban, mas el monstruo dominaba su accionar. Cornell logró liberar algunas merced al escudo; sin embargo, ahora estaban atrapadas en la madera duéndica. Allí estaban Phindar, mercader y sacerdote de Decalleigh, Nev, un contador cobarde, que justo tenía que ser de Cayaboré. Y también Halla Valfrey, llamada doncella broquelera. Supuestamente, el broquel le había pertenecido hace mucho tiempo —tal vez había pasado décadas en el interior del holnesh, no un año y medio como los otros dos—.

—Por cada alma viva que hay dentro de la madera duéndica —respondió Halla—, el escudo da un poder similar al del alma. Así, Nev pudo hacerte invisible, y Phindar te curó el brazo que te había quemado el hechizo. Yo puedo controlar hasta cierto punto la trayectoria del escudo. Eso es todo con lo que podemos ayudarte, escudado.

—Parece *mu*y bueno —dijo Gabe riéndose—. Eh, Cornell, si te cansas de ese broquel, lo uso yo.

—¡*No!* —gritó Halla, haciendo vibrar el escudo con la voz—. El escudado es el que nos lleva.

—No intenten disuadirla, Halla es bastante testaruda —agregó Phindar—.

Siguieron viaje un rato más. Cada tanto divisaban más destellos de metal a su alrededor. Para Cornell se trataba de una partida de reconocimiento, de no más de cuatro tonomai. Mayor era la cantidad de sobrevivientes; además, se había oído toques de trompetas a lo lejos. Tal vez huestes tonomai se hallaban en la zona, ¿a punto de emboscarlos? ¿O a la espera en la ciudad más cercana?

—Quizá deberíamos evitar Obrosvek —dijo—. A la gente del lugar la deben haber informado mediante *magiesquelas*, por lo que podríamos sufrir un desagradable recibimiento.

—¡En absoluto! —exclamó Gabe—. ¡Mira, tenemos todo el botín del templo encima! Lo quiero cambiar por dinero para así poder cabalgar más rápido. ¿O acaso tienes miedo de los tonomai, con *ese* escudo?

—No hay que preocuparse por eso —consintió Phindar—. Los tonomai no conocen el secreto de la *magiesquela*.

—Por lo que la única preocupación es ese ejército tonomai —refunfuñó Cornell—.

—Sin mencionar que son granujas que no cuentan con ninguna ayuda externa. Las autoridades de Tonomat prohibieron hace quince años las ceremonias para llamar demonios.

—¿*Cómo?* —exclamaron al unísono Cornell, Gabe y Halla—.

—Oh —musitó Phindar, que uno se imaginaba mirando asombrado—. ¿No sabían que mediante el ritual iban a llamar a un demonio? Lo lamento, me pareció obvio. Bueno, es que por el círculo ritual de sacerdotisas y la daga se hacía evidente. Al fin y al cabo, los tonomai, en general, no sacrifican seres inteligentes. Si bien es discutible si los alreu son...

—¿Qué más sabes del ritual? ¿Lo podrían repetir? —interrumpió Halla abruptamente—.

—Bueno, las sacerdotisas están todas muertas. A menos que haya otras, y que hallen otro más a quien sacrificar... No, no es probable.

—Bien —dijo Cornell con enojoso alivio, antes de que se lo asaltara otro idea—; Phindar, tú los llamaste granujas. ¿Tienes algún otro dato guardado?

El escudo experimentó un silencioso temblor un instante, tras lo cual volvió la voz del mercader:

—Apenas rumores, y todos viejos. Hace tiempo que ando ausente, por lo del holnesh y, bueno, todo lo demás. Pero cuando yo andaba en caravanas por esos lares, había un grupo de personas — revolucionarios, si usted prefiere— bastante contrariados por la disminución permanente de Tonomat. Mire, hace un par de siglos parecía que el imperio se iba a tragar todo Gushémal y extender el dominio del Dios Único por todo el mundo. ¿Y qué pasó desde entonces? No sólo perdieron la mayoría de la Península Arrufat, sino que sus posesiones en esta orilla del Mar de Shane han disminuido permanentemente. ¡Si hasta Leahcim cayó ante un ataque por parte de guerreros santos bajo el mando directo del Supremo Sacerdote hace ciento treinta años! Leahcim es una ciudad santa de su religión, ¿sabe? No sirvió mucho para levantar la moral por estos lares.

Así que para estos granujas su gobierno no sabe un bledo de lo que es luchar. Quizá tengan razón. Los gobernantes se han vuelto gordos y complacientes; ya nada queda de aquél celo religioso de los primeros tiempos. Lo que creen los granujas se cae de maduro, de veras. Para mí que trataban de llamar a un demonio para que encabezara su ejército. O algo así sería.

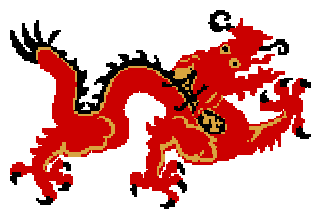
Cornell frunció el entrecejo.

—Y nosotros detuvimos ese ritual. Si estás en lo cierto, Phindar, estos granujas tendrían que estar encima de nosotros, no mirando tranquilos desde lejos.

Se oyó el chasquido de los labios de Phindar:

—Perdón, joven, leer la mente no es uno de mis fuertes. Soy sacerdote de Decalleigh; yo curo, nada más.

—Ah, disculpe —pidió una voz finita desde atrás, con tanta timidez que Cornell tardó en reconocer a Flink—. Si puede curar, ¿atiende por favor a Geschwind? Creo que se enfermó o tiene algo.



Geschwind estaba pálido, y tenía la vista nublada y se le hacía imposible mirar fijo algo a su alrededor. Temblaba y de los labios le salían palabras sin sentido. Algunas se entendían, y la mayoría eran en el propio idioma del alreu.

Habían hallado un claro para descansar, en el que había una pequeña charca rodeada de palmeras, a corta distancia de donde les había dicho Flink. Cornell juntó agua para tirársela al alreu, pero de poco sirvió. Al menos los caballos gozaron de la oportunidad de beber agua y agarrar algo de sombra.

Gabe se había trepado a una palmera para ver si alcanzaba a divisar a los tonomai. Asombraba cómo un hombre que superaba los dos metros había llegado a la punta, y casi daba miedo de sólo pensar en estar debajo de él si se llegaba a caer.

—¿Puede curarlo, estimado sacerdote, puede? —exclamó Flink, que estaba de pie delante de Cornell y se dirigía al escudo como si se tratara de una persona de carne y hueso—.

—Puedo probar —dijo Phindar con calma, haciendo pensar en un anciano sacerdote amable y de barba gris—. Escudado, por favor pon el escudo sobre el alreu. Al estar en contacto puedo escudriñar qué mal atacó a nuestro pequeño amigo.

Cornell suavemente hizo a un lado a Flink, se hincó al lado de Geschwind e hizo lo que le pidieron.

En el preciso instante en que el escudo tocó al doliente alreu, éste abrió súbitamente los ojos, y miró para todos lados frenéticamente; trató de incorporarse empujando el escudo que tenía contra el pecho mientras agitaba los brazos. Comenzó a salirle espuma por la boca al tiempo que gritaba:

—*¡Schreit 'Verheerung' und lasst frei die Hunde des Krieges!*

—¡Sáquenme! ¡Sáquenme! ¡Sáquenme! —gritó el escudo, junto a otras tres voces que daban alaridos de dolor—.

Rápidamente Cornell arrancó el escudo, y vio con asombro que Geschwind volvió a recostarse, cerró los ojos y que todo signo de movimiento había desaparecido:

—¿Qué sucedió?

Flink corrió al lado de Geschwind, y, con cuidado, le pasó la mano sobre la cálida frente, negando desesperado con la cabeza:

—¿Qué te ocurre, querido amigo? ¿Por qué dices estas locuras? ¡No hay perros de guerra!

—¡Estamos condenados! ¡Oh, dulce Maidoyú, estamos condenados! —gritó el cobarde de Nev desde el escudo, y a Cornell se le ponían ligeramente de punta todos los pelos del cuerpo—.

—Vuélvenos visibles, Nev —dijo Halla con firmeza—. Ya pasó el dolor, no hay peligro.

—¿Cómo que no hay peligro? ¿No lo sentiste recién? ¡Como si fuera aceite hirviendo, así fue!

—¿Qué sucedió? ¿Phindar? —exclamó Cornell con exasperación—.

El escudo se silenció un momento, y cuando habló fue con el tono calmo y decidido de Halla Valfrey en vez del sacerdote:

—No responde, escudado. Siento su presencia junto a nosotros en el escudo, pero no hay respuesta. El mal del alreu debe haber sido demasiado grave para él.

—Sí, claro —comentó ácidamente Nev—.

Cornell se sentía pésimo por estar de acuerdo: tenía parados los pelos de la nuca y un escalofrío le recorría el cuerpo. Algo pasaba con el alreu, algo más que una enfermedad común.

—¡Gabe! ¡Nos vamos! —avisó, para después colocar con cuidado a Geschwind en su caballo—.

La yegua gimoteó por tener que abandonar tan rápido la sombra, y Flink comenzó a tironear impaciente los pantalones de Cornell:

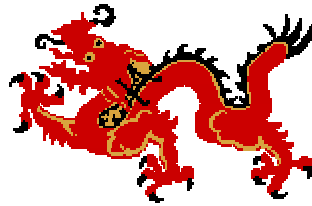
—Señor, ¿no podemos probar otra cosa? Pobre Geschwind, tenemos que ayudarlo; ¡tiene que haber algo que podamos hacer: una poción, una pomada, un té, algo! Siempre hay algo que cura la enfermedad, eso decía siempre mi madre. Oh, más bien era algo como “Un día no sabré cómo curar todo lo que traes aquí”, pero no es una muy buena traducción, así que...

El cayaboreano le puso con fuerza la mano en el hombro a Flink:

—Tendremos que apresurarnos para llegar a Obrosvek. Quizá haya un sacerdote que sepa lo que ocurre. ¿Está bien?

—¿Cree que un tonomai sabe cómo curar a mi querido amigo? —exclamó contento el alreu—. ¡A cabalgar, rápido! —dijo a los gritos mientras se montaba a su caballo enano, volvía a tomar las riendas con su clásica precariedad y palmeaba su corcel para que comenzara la marcha—.

—Espero que lo curen —musitó Cornell, y miró a la figura temblorosa que iba sobre el caballo delante de él—. De lo contrario...



Para la partida que hacía galopar horas a los caballos la tierra pasaba de largo a una velocidad enloquecedora. Las colinas que la rodeaban se iban haciendo más altas y rocosas; eran el prolegómeno de las Montañas Alquibrianas, alrededor de las cuales fluía el río Cheselain, cuyas aguas brindaban el sustento necesario para que crecieran plantas con más vida, para que fueran algo más que los arbustos espinosos que no se habían cansado de acompañar a sus integrantes los días previos. Había arboledas en sitios aislados, y la hierba formaba una alfombra verde sobre la cual pasaban raudamente los cascos de los equinos.

A medida que se acercaba la noche, Cornell se percató que no podría seguir mucho más. A su yegua —ser de una flacura ridícula que le había vendido un beduino del sueño en el desierto— la cubría un sudor espumoso. Ella todavía podía galopar a la velocidad que él le exigía, pero, pensó, se tumbaría en cualquier momento.

Y Geschwind parecía que iba a seguir el mismo destino en un momento más. El alreu murmuraba constantemente, temblaba como si se muriera de frío, y estaba tan pálido que parecía azul.

El cayaboreano escudriñó los alrededores para ver si hallaba un sitio donde acampar. Estaba seguro que los tonomai todavía estaban tras ellos, aunque no había vuelto a verlos. Si habían dejado de seguir a la partida paralelamente, todo lo que tendrían que hacer era seguir las huellas que dejaban.

Siempre que, claro está, continuaran persiguiendo a la partida de noche. Mas a Cornell se le hacía que eran bastante fanáticos: gente así rara vez se dejaba abrumar por detalles menores como la oscuridad o la muerte de sus caballos.

Ninguno de los lugares que vio le parecieron los ideales: ninguno era fácil de defender ni ofrecía buena visión. Finalmente, levantó la mano con exasperación y dijo a los demás que se detuvieran:

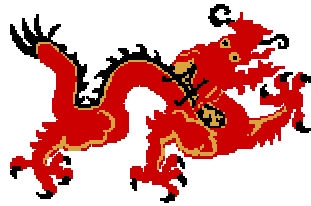
—Tenemos que acampar —explicó—.

—¡Pero, señor! —exclamó Flink—. ¡Tenemos que llevar a Geschwind a Obrosvek, eso es lo que usted dijo!

Gabe se paró sobre su montura, usando toda la extensión de su altura para mirar los alrededores.

—Por allá parece un lugar decente —dijo, y señaló hacia una arboleda delante de la roca de una colina—.

Esa colina no era muy alta, pero podría ser de algún resguardo. Las otras laderas tenían una suave inclinación en distintos ángulos. No había defensa allí, pensó Cornell, pero si acampaban entre los árboles serviría para el caso. Igualmente, fue su amarga conclusión, era mejor que acampar a cielo abierto.



Flink durmió mal esa noche. Todas las frazadas que se había puesto encima —como de costumbre, fueran altas o bajas las temperaturas— no parecían cubrir del frío. Y Geschwind, acostado a medio metro de él, seguía dando vueltas, murmurando cada tanto cosas descabelladas como el asunto de los perros de la guerra. A Flink le preocupaba el otro alreu; las pesadillas asaltaban sus sueños: recuerdos del pasado que se entrelazaban con los compañeros de hoy —nada que asegurara una buena noche, con seguridad—.

Finalmente, los gritos lo despertaron, y el alreu salió rápidamente de debajo de las frazadas.

—¿Vuelven por más? —exclamó Gabe—. ¡Sientan a *bwyell*, imbéciles!

—¡Deja de gritar y empieza a pelear! —respondió la voz de Cornell a corta distancia, tapada por el ruido de los aceros que *chocaban* unos con otros, gritos de guerra de los tonomai, gruñidos y alaridos de intenso dolor—.

—¡Pero está oscuro! —se quejó Flink, mirando con los ojos entrecerrados la escena que se desarrollaba a su alrededor: sombras a las que apenas iluminaba la luna menguante—. ¿No podrían haber esperado hasta la mañana, así yo podía ver lo que sucede?

—No te preocupes —dijo Geschwind tranquilo, arrastrando las palabras por la falta de costumbre al idioma—. Ya te bastará con lo que verás, pequeño.

—¿Estás levantado de nuevo? —exclamó Flink, y se arrojó hacia el otro alreu—.

Apenas podía distinguir a su congénere en la penumbra; sólo alcanzaba a ver que Geschwind estaba sentado, y con los ojos... Bueno, sí que era extraño. ¿O acaso no lo era que brillaran? Flink estaba seguro de que jamás nadie en su tierra natal —Tieferbau— tuvo ese aspecto, mas, por otra parte, cada uno es como es, o no?

—No va a pasar nada, ¿sí, querido amigo? *¿Helfen wir meinen Freunden jetzt?*

Geschwind tosió. Flink se preguntaba si realmente se había levantado. Parecía algo más alto que un momento atrás.

—No —dijo el segundo alreu con una voz iba ganando en gravedad con cada sílaba—. Nadie salvará a tus amigos.

—Pero... ¡sí están peleando! Querido amigo, los malvados han regresado y...

—**¡Ruhig, kleiner Mann!** —espetó Geschwind con una voz que rompió en la noche cual trueno—

Atónito, Flink se llamó a silencio, y se percató de que ya no se oía el ruido del combate. Se dio vuelta y vio con asombro que Cornell y Gabe permanecían de pie y en silencio entre los guerreros tonomai. Sus amigos todavía blandían las armas, pero no se movían. ¡Ni un centímetro! Mas los tonomai caían de rodillas mirando hacia donde estaban Flink y Geschwind, y comenzando a entonar un canto en tono bajo que rápidamente fue en *crescendo*.

—¿Por qué veo todo tan claro? —se preguntó Flink—.

—**Porque deseo la luz** —dijo la voz a su lado—.

De pronto, no estaba muy seguro de si, al fin y al cabo, se trataba de la voz de Geschwind; al alreu no le correspondía hablar como si midiera tres metros y su boca fuera de espinas y rocas. Por otra parte, pensó Flink, esa era una descripción que le calzaba perfecto al aspecto actual de Geschwind. Sin contar las negras escamas entrelazadas, las prolongadas zarpas en las cuatro manos, alas delgadas como papel dobladas en la espalda, ¡y ese maravilloso colgante que pendía de una cadena! Era de oro, platino o un metal por el estilo, de forma octagonal; una joya de oscura hematites ubicada en el centro cuya lustrosa superficie reflejaba la luz.

—**¿Sientes miedo, hombrecillo?** —dijo Geschwind, clavando los brillantes ojos verdes en el alreu, al tiempo que le temblaban las agudas y retorcidas espinas que tenía alrededor de la boca—.

—¿Tendría que sentir miedo?

Lo que había sido Geschwind volvió la cabeza, y largó una carcajada que parecía un huracán que se venía encima.

—Sí, tendrías que sentir miedo —dijo la voz tranquila de Halla Valfrey desde el escudo que llevaba Cornell—. Ése es el demonio que ha poseído a tu amigo. Es del Abismo de Arye, creo.

La criatura dejó de reírse abruptamente, bajando la vista rápido hacia el broquel.

—**Alégrate de que estés encerrada en madera duéndica, si no, consumiría tu alma de inmediato.**

Confundido, Flink miró del escudo al demonio:

—Pero... tú eres Geschwind, ¿o no?

—**Soy Thennisgar** —anunció la criatura levantando un brazo—. **El que conoces ya no existe, hombrecillo. Thennisgar ha tomado su lugar. ¡Y Thennisgar reinará!**

El canto de los tonomai se volvió súbitamente frenético; los guerreros se levantaron de un salto, elevaron las armas y comenzaron a bailar como locos. *No es un espectáculo digno de ver*, reflexionó Flink, y volvió la cabeza. *Con un poco más de ritmo y mucha más práctica podrían haber llegado a algo. No les vendría mal una ayuda...*

Halla carraspeó.

—¿Sabe el poderoso guerrero que estos tonomai son unos granujas sin influencia en el país?

—**No importa. Thennisgar hará trizas todos los enemigos. Todos agacharán la cabeza ante Thennisgar, o dejarán de tenerla en su lugar; lo cual me lleva a ti y a estos dos imbéciles** — dijo el demonio y se adelantó apartando a Flink con sorprendente suavidad, para detenerse a observar a Gabe y Cornell con atención—.

—Por favor, no les hagas nada, Thane... Thenn... —exclamó Flink, trabándosele la lengua ante la dificultad del nombre—. ¡Por favor, sé bueno, por favor!

El demonio volteó la cabeza lentamente, cual avalancha que va ganando velocidad. Los ojos le brillaban en la noche, a pesar de la extraña luz sin origen visible como dos fuegos.

—**¿Ser bueno?** —repitió Thennisgar, sopesando cuidadosamente las palabras, los labios haciéndosele sonrisa—. **No los lastimaré, hombrecillo, si tú lo dices. En cambio, hagamos un juego. ¿Qué te parece?**

—Bueno, a *mí* me fascinan los juegos —dijo Flink, y se acercó a saltitos al demonio, que tuvo que inclinar la cabeza hasta lo imposible para observar al diminuto alreu—. Pero, es que a Gabe, la verdad, no le agradan, y Cornell... No sé por qué, pero nunca está contento con los juegos que yo propongo. ¿Qué ideas tienes?

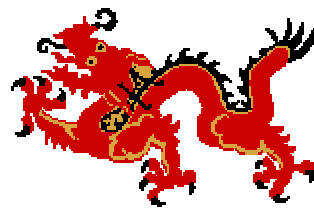
—**Algo muy entretenido. Pero... ¿adónde lo hacemos? Tiene que haber un desafío, algo emocionante, algo que complazca a las masas** —carcajeó Thennisgar—. **O sólo nosotros dos, hombrecillo. Ah, ya está. Apenas a tres kilómetros de aquí, hacia el este. Y a la mañana dará comienzo nuestro juego.**

Flink miró con el ceño fruncido a sus dos amigos.

—¿Seguro que les agradará a ellos?

—En absoluto —aseguró Halla, a quien siguió la voz temerosa de Nev con súplicas de misericordia—.

—**Les agradará. Muchísimo** —dijo el demonio, y sonrió—.



El sol arañaba lentamente la tierra, al que obstruían montones de nubarrones que se había acumulado de la noche a la mañana. Había una niebla grisácea que parecía reducir la visual, hacer que el paisaje fuera menos que la agradable zona montañosa que la partida había recorrido el día anterior. Ahora la cubrían prolongadas sombras: árboles y arbustos que se retorcían en sus funestos reflejos de ellos mismos.

Los soldados tonomai habían levantado carpas en forma de media luna alrededor del lugar en el que se hallaba de pie el demonio, que sobresalía sobre el pequeño ejército de granujas y Flink. Ni

Cornell ni Gabe estaban a la vista, salvo sus caballos, que todavía tenían encima los arreos y estaban en un corral con los equinos tonomai.

Los dos guerreros habían llegado con el resto, caminando cual marionetas a las que tiraba un titiritero demasiado apresurado. En vano Flink había corrido en círculos alrededor de ellos intentando sacarles alguna respuesta. Tras alcanzar el lugar, ambos habían permanecido de pie como dos estatuas de cera mientras se armaba el campamento. Después Thennisgar los miró fijamente y los dos salieron caminando en direcciones opuestas.

Sentado desanimado en una roca, Flink jugueteaba sin entusiasmo con unos objetos de su mochila. —¿Comienza pronto el juego? —preguntó—.

Thennisgar observó cómo habían dispuesto los tonomai tres espejos ante él, cada uno de los cuales tenía casi medio metro de diámetro y estaba sobre un pie de acero casi tan alto como el mismo Flink.

—**Pronto** —dijo el demonio, y les hizo señas a sus seguidores para que se fueran—.

Levantó el brazo inferior derecho, hizo unos complicados movimientos sobre cada espejo y aparecieron imágenes en ellos, mostrando el del medio el preciso lugar en el que estaban de pie, en tanto que los otros dos exhibían sitios tan retorcido y yermado como éste. De pronto Flink se animó al ver a Cornell en un espejo y a Gabe en el otro, todavía como estatuas, ¡pero los veía!

—**Bien** —comentó el demonio—, **los espejos siguen bien alineados. La sólida ingeniería mágica tiene que durar siglos.**

—¿Tan antiguos son? —inquirió Flink, que observaba con curiosidad los espejos exteriores de a uno, intentando discernir exactamente dónde se hallaban sus amigos—.

—**¿Siglos? Han permanecido milenios en este mundo, hombrecillo. Desde la primera vez que pisé este suelo. Por suerte para los tonomai los trajeron consigo.**

—¿Por qué por suerte?

El demonio sonrió sin compasión:

—**No te preocupes por ellos. El juego está por comenzar.**

Con las zarpas dibujó un símbolo en el aire; las estatuas de cera de Cornell y Gabe que estaban en los espejos cobraron vida, para dirigirse miradas de ira y cólera.

—¡Te mataré, salvaje! —gritó Cornell, que se apresuró a desenvainar la espada, se acomodó el escudo, y salió corriendo por el montañoso paisaje, como Gabe, tras gritar el nombre de su tribu—.

Flink se quedó atónito y boquiabierto:

—Pero... Thennisgar, ¡son amigos! ¿Por qué iban a... matarse? Esto *no* es diversión.

El demonio se rascó con cuidado la espinosa quijada:

—**Tienes razón** —admitió después de un momento—. **No hay motivación en esta pelea. Así es tonta y aburrida ... Bueno, no podemos tener eso, ¿o sí, amiguito?**

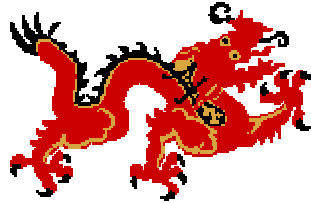
Hizo un ligero ademán con los brazos superiores: diminutos símbolos que parecían dibujados en el aire y que traspasaban los espejos. Los guerreros no se detuvieron en su carrera; a lo sumo, su esfuerzo cobraba más vigor e impulso.

—**Motivación** —asintió feliz el demonio—. **¡Eso es todo lo que necesitamos!**

—¡Amigos míos! —gritó Flink, para después volverse hacia el demonio y comenzar a golpear con los puños las piernas llenas de escamas—. ¡Esto ya no es un juego! ¡Basta, no es divertido! ¡Por favor! Thennisgar no mostró reacción alguna.

El alreu dejó de golpear tras un rato, se secó las primeras lágrimas y, de pronto, se echó a correr por las colinas. Uno de los tonomai salió tras él para atraparlo, pero se detuvo en seco al ver el ademán en contrario y la sonrisa de satisfacción del demonio:

—Ah, sí —dijo—. **Me había olvidado de la comicidad para variar. Faltaba eso todavía.**



—¿Dónde te escondes, condenado bárbaro? —gritó Cornell al subir corriendo una colina para ver mejor, mientras se le clavaban en las piernas los arbustos espinosos, de cuyos pinchazos hacía caso omiso, concentrándose en su única gran tarea—.

—¡Esto es una ilusión! —dijo impaciente Halla Valfrey desde su posición privilegiada en el brazo izquierdo de Cornell—. El demonio te hizo creer que...

—¡El único demonio es el salvaje que asesinó a mi hermana!

—¡Escudado! —exclamó Halla—. ¡Tu hermana está a salvo en Cayaboré!

—El imbécil del bárbaro nos va a aplastar —musitó Nev—, yo sé lo que digo, así va a ser...

—¡Escudado, escúchame! —insistió Halla, mas Cornell sólo escudriñaba el paisaje de pesadilla a su alrededor buscando una señal de Gabe; por todas partes había niebla, que apenas ocultaba las colinas que iban apareciendo, convirtiéndolas en imágenes sacadas directamente del abismo—. Gabe es tu amigo! Han peleado juntos y...

—Y después me traicionó —respondió con frialdad Cornell—. Lo dejé solo con mi hermana. Confié en él. Debería haberme dado cuenta de que jamás se confía en los salvajes. La violó y asesinó a sangre fría. ¿Así se porta un amigo, doncella broquelera?

Ella se quedó sin responder, y Cornell elevó triunfante la espada:

—¡Esto es para ti, asesino! —gritó apenas avistó al bárbaro envuelto en pieles que iba hacia él—.

A casi trescientos metros, tras precipitarse por el valle cubierto de densa vegetación, Gabe se detuvo. Tenía encendida la mirada azul y levantada sobre la cabeza a *bruyell*:

—Por el honor y la gloria —exclamó, tras lo cual sus ojos pasaron a despedir un fuego de horno encendido—. ¡Por *Caeryll*! ¡Muere, expoliador!

—No peleen —susurró Halla mientras los dos combatientes corrían el uno hacia el otro con las armas prestas y con una sed de sangre que les dominaba la mente—.

Cornell no se dio por enterado de las palabras provenientes del escudo; toda su atención se centraba en la imagen de Gabe, que se dirigía hacia él. Tenía todas las intenciones de vengarse: el

delgado resto de cerebro que le quedaba eran los más bajos instintos que se dedicaban a ponderar la mejor forma de encarar el combate. Gabe era hábil peleador; ya lo sabía él, mas el enorme salvaje confiaba demasiado en su fuerza y los golpes de su hacha. *Hay que ser rápido y ágil, hay que cubrirse de los hachazos con la espada. Es mágica, recuérdalo. ¡Hay que tratar de cortar el mango de bwyell!*

Ninguno de los guerreros se percató de una pequeña persona que corría por las colinas hacia ellos con una mochila que le saltaba frenéticamente sobre la espalda. Ninguno la oyó gritar el nombre de ambos y rogándoles que se detuvieran, al tiempo que se le llenaban los ojos de lágrimas, que le recorrían las mejillas y le apagaban la mitad de las palabras.

—¡Escudado! —exclamó de pronto Halla— ¡Arrójame! ¡Al igual que hiciste con los Tonomai, que voy a matar al bárbaro!

En el rostro de Cornell se dibujó una sonrisa:

—¿Haz recobrado la razón al fin de cuentas? —musitó lanzando una mirada victoriosa hacia el bárbaro al tiempo que tiró el brazo izquierdo hacia atrás para ganar fuerza—.

—Sí —afirmó Halla con voz calma cuando Cornell impulsó hacia delante el brazo con toda la fuerza de sus músculos—.

El escudo salió con soltura por las agarraderas y giró por los aires hacia el bárbaro.

—¡Toma, asesino desgraciado! —exclamó Cornell a los cuatro vientos—.

La última palabra se vio ahogada por ira de desilusión por el cambio de dirección del escudo. En vez de dirigirse hacia la cabeza de Gabe, enfiló haciendo un ángulo casi recto hacia el alreu que se les acercaba.

—¡Atrápame! —gritó Halla—. ¡Flink!

Cornell se arrojó furioso tras el broquel:

—¡Traidor! —exclamó dando inútiles estocadas al aire—. ¡Te haré trizas!

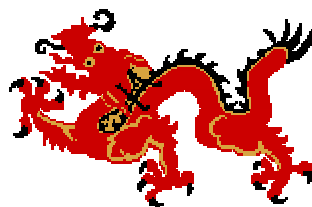
—¡Primero métete con *bwyell*, expoliador! —gritó Gabe casi encima del cayaboreano—.

Recién a último momento recobró Cornell la presencia de ánimo para evitar el feroz ataque del hacha.

—Muere —dijo con frialdad y le encajó un rodillazo al bárbaro—.

Gabe brincó hacia atrás, se relamió y sonrió:

—Tú primero.



—¡Atrápame! ¡Flink!

El alreu jamás recordaría mucho más que las palabras que repentinamente se abrieron paso como fuego entre el terror y las lágrimas. Debe habérselas arreglado para detenerse justo a tiempo y

estirarse para atrapar las agarraderas del interior del broquel. De lo contrario, ¿cómo se entiende que se haya lanzado más de siete metros por el suelo hasta que el escudo quedó medio encajado en una roca grotesca?

Flink dejó su postura acurrucada, contuvo el ansia de restregarse donde le dolía y dirigió la vista hacia sus amigos. Cornell y Gabe chocaban sus armas, profiriéndose insultos, rechazando cada movimiento y danzando. De no haber sido tan en serio, habría sido un magnífico espectáculo. Una danza de la muerte, cuya elegante ejecución estaba a cargo de dos maestros en el arte de bailar.

Así las cosas, sólo sirvió para que aumentaran las lágrimas sobre las mejillas del alreu.

—Nooooo, esto está mal... —gritó—. Se supone que es apenas un juego, no deben... ¡*Cornell!* ¡*Gabe!* ¡*No peleen!*

—No te escucharán —dijo Halla—. Para ayudarlos, la única forma es matar al demonio.

Flink se secó las lágrimas, acto inútil ante el incesante llanto.

—Yo no... mato —musitó impotente—.

En ese momento, Halla carraspeó:

—No parece que hayas tenido inconvenientes con las otras cabezas del holnesh.

—Eso fue... distinto...

—¿Cómo? —se sorprendió Halla—. Flink, dos buenas personas están a punto de matarse entre ellas. ¡Dos amigos! ¡Tú eres su *única* esperanza!

El alreu giró y enfrentó al broquel.

—¡Yo *no* mato *alreus!* —ya la locura le brotaba de los ojos, constituyendo una imagen que habría hecho detener a Gabe o Cornell, aun atrapados por completo en el hipnotismo del demonio—.

Halla se quedó un momento en silencio, con idéntica perplejidad, para después decir:

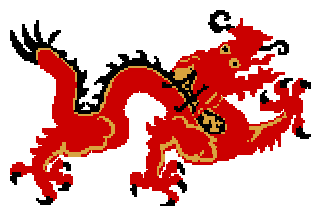
—Flink, es un demonio, no un alreu.

—¡Es *Geschwind!* —exclamó—. ¡No me importa su apariencia! *Sé* que ése es *Geschwind*, ¡y no voy a matar un alreu! No...

Detrás de ellos, a apenas unos cientos de metros, Cornell asestó un golpe cortando el brazo izquierdo de Gabe con la espada. Al alarido del bárbaro por la herida le siguió un ataque de su parte que casi le arranca el acero de las manos al cayaboreano.

—Flink —dijo Halla lentamente—, ¿acaso pretendes que tus amigos mueran?

El alreu miró con ira al escudo. Con el rostro desencajado, poco se parecía a la criatura curiosa e inocente que todos veían. Una expresión diferente, por completo distinta de la de los alreus, se había adueñado de él. Habiendo tomado su decisión, Flink prendió las agarraderas del escudo, cuidándose de mantener distancia del filoso borde.



—**Qué curioso** —comentó sonriente Thennisgar, al tiempo que el espejo del medio mostraba que Flink recogía el escudo, a la vez que los dos espejos que estaban a los costados entregaban ángulos diferentes de la batalla entre Cornell y Gabe—. **Parece que hay algo más de emoción para mi amiguito de la que había pensado.**

—Eh, señor —pidió un guerrero tonomai, cuidadosamente de pie ante el demonio, y cuyas exquisitas hombreras lo sindicaban como oficial de grado, cosa que no importaba a Thennisgar—. ¿No le interesaría saber del estado actual de la nación? Tenemos que planear cómo someter a Tonomat a nuestra justa causa. ¡La fe del Dios Único necesita que la vuelvan a llevar a los mundos paganos!

—**¿En serio?**

El comandante tonomai asintió con seriedad mientras se le secaba la boca al hacer el esfuerzo de mirar fijamente la escamosa cabeza ubicada bien arriba de él.

—Para ello lo hemos llamado, señor. Deberá conducir nuestros ejércitos a fin de conquistar los mundos para el Dios Único; ¡alabado sea El Que No Tiene Nombre! Ése es su objetivo, señor, no observar estos infieles.

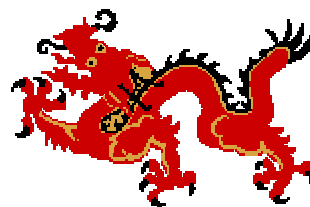
Thennisgar asintió lentamente. Acto seguido, sacó un golpe con la mano inferior derecha, separando prolijamente con las zarpas la cabeza del resto del cuerpo del oficial. Las mismas garras prendieron la cabeza y se la entregaron como alimento a las fauces del demonio.

—**Lo lamento, mi viejo** —expresó Thennisgar dirigiéndose al cadáver decapitado—, **tengo mis propios planes. ¿Alguien más está en contra?**

Ningún tonomai abrió la boca, lo cual no era realmente sorpresa, teniendo en cuenta que se les acababa de helar la sangre y que no pocos dudaban de la sabiduría de la decisión sus jefes de convocar un demonio.

A Thennisgar no le preocupaba; se apoltronó y miró los espejos con obvio regocijo mientras arrancaba trozos del cadáver del comandante y los devoraba sin cuidado alguno.

—**Ahora sí que esto se pone bueno.**



—¡Flink, escúchame! —exclamó Halla—. ¡Tengo que decirte cómo se combate al demonio!

El alreu no le prestó atención al escudo que llevaba a sus espaldas con ambos brazos bien afirmados en las agarraderas. Andaba con paso pesado por las colinas arenosas esquivando con facilidad los arbustos; seguía con la mirada llena de lágrimas —y decisión—.

—Es grandioso que te ignoren todo el día, ¿no, Halla? —murmuró Nev—. Magnífica elección hiciste con esta condenada criatura. Igual vamos a morir.

Los acariciaba un aire cálido y que traía los perfumes del Río Cheselain. El corazón de Flink ardía con la misma intensidad que ese aire.

Subió a duras penas por una colina, bajó por la ladera y volvió a subir por otra, con tanta prisa que se creería que se había estado perdido mucho tiempo. Pero, de pronto, apareció el campamento, con la mirada expectante que Thennisgar les regalaba.

—¡Por mil demonios! —chilló Nev—. ¡Todos estos años en el condenado holnesh, y ahora nos devora un demonio!

—¡Cállate! —dijo Halla con voz calma, mas con un aire a peligro—. ¡Flink! ¡Escucha!

De repente, el alreu detuvo su correteo, y quedó mirándose con Thennisgar. El demonio sonreía, apenas superando a su diminuto alimento. Más allá se habían reunido los soldados tonomai, sin saber si se debían molestar en atacar a la pequeña criatura.

—¿Flink? —preguntó Halla—.

—Ya sé —dijo con tono extraño, por lo calmo, desprovisto de la nerviosa inseguridad habitual—. Sé cómo hacer esto.

—**¡Amiguito mío!** —gritó Thennisgar, cuya voz atravesó la distancia que los separaba con tal facilidad que el demonio bien podría haber susurrado—. **¡Tú también juegas! ¡Esto es maravilloso!**

Flink respiraba con dificultad. Se secó con las manos nuevamente las lágrimas de la frente, esta vez en vano, pues no había ninguna, sino apenas gotas de sudor.

—Maravilloso —repitió con la angustia que le ahogaba las palabras—. Perdóname, querido Geschwind.

Un momento después, se echó a correr de nuevo. Un guerrero tonomai avanzó cimitarra en mano a fin de bajar a la criatura antes de que siquiera se acercase al demonio. Thennisgar se rió, hizo un ligero ademán y una bola de fuego envolvió al tonomai, que lo redujo a cenizas en segundos. Sus compañeros se apartaron al instante un par de metros del demonio; tres o cuatro ya corrían hacia los caballos y una huida fácil.

—**¡Eso!** —dijo Thennisgar sonriendo—. **¡Ninguno amigo me lo va creer! ¡Vamos, hombrecillo, enfréntame!**

Cien metros separaban al alreu del demonio. Ochenta. Setenta. Al llegar a casi cincuenta metros, Flink gruñó por lo bajo:

—¡Halla, vuela!

Y el escudo obedeció. Un instante Flink había estado en el suelo pateando como loco y sosteniendo el broquel encima de la cabeza, y al siguiente ya no tenía tierra dónde patear e intentaba como loco aferrarse a las agarraderas.

Escudo y alreu navegaban por sobre la superficie, ganando altura cada segundo. Flink recorría con la vista el paisaje y no pudo evitar soltar un “¡yuuupiiii!” de emoción.

Thennisgar frunció el ceño al obsersar al broquel que se aproximaba.

—**Lo lamento, hombrecillo, pero se me regeneran las partes en que me hieran.**

El demonio preparó las garras para atrapar a Flink cuando él y el escudo lo alcanzaran. Al fin y al cabo, aunque el filoso borde del broquel le atravesara el pecho, Thennisgar igualmente podría pelear.

El escudo no sólo le pegó en el pecho. Flink le había apuntado a algo, y Halla guió el vuelo del disco de madera duéndica en la dirección correcta.

El borde se clavó en la cadena que sostenía el colgante de hematites en el pecho de Thennisgar. Los eslabones de la cadena salieron volando, quedando el acero hecho trizas y desparramado al tiempo que la expresión del demonio se hizo adusta. Escudo y alreu impactaron contra la enorme mole de tres metros. Flink rebotó contra el cuero escamoso, se le soltaron las agarraderas y cayó al suelo. El broquel continuó su vuelo, para atravesar la cadena y el cuerpo, y salir por los aires.

El colgante de hematites también cayó.

El escudo dio un giro en el aire; la madera duéndica destellaba en la niebla para volver Flink, perdiendo altura rápidamente y rozando el suelo hasta detenerse cerca del alreu.

Thennisgar miraba sin entender. Los ojos ya no le brillaban tanto:

—**No puede... ser...**

Un escalofrío recorrió al demonio, que gritó de dolor un brevísimo instante, para dejar de temblar y caer de bruces. El pesado cuerpo se estrelló contra el suelo levantando una nube de arena que lo dejó oculto.

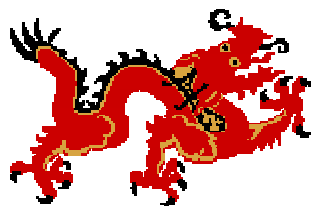
—¡Lo pudiste hacer! —exclamó Halla—.

—¿Es el día de los Dioses o qué? —fue el seco comentario de Nev—.

Flink se restregó los ojos con ganas para ver qué sucedía. La nube se disipó. Tiene que estar el cadáver de demonio, y...

Todo lo que se veía era la diminuta figura de un alreu, con una herida abierta en el pecho y que sangraba a borbotones merced a los últimos latidos del corazón. Tenía la mirada perdida y hacia el cielo, y también una sonrisa de alivio dibujada en los labios.

—Geschwind... —dijo Flink en voz baja—. No... *otra vez*... no...



—Por el amor de Cachemir, ¿qué...? —exclamó Gabe consternado al casi encajar el hacha en el flanco libre de Cornell; justo en el último instante alcanzó a torcer el brazo hacia un costado enterrando a *bwyell* y levantando arena, que se desparramaba alegremente por el sangriento rostro del cayaboreano—.

—Mí... ¿hermana...? —musitó Cornell, desapareciéndole de la mente en un instante toda la furia—.

Gabe lentamente recogió el hacha del suelo mirando con el ceño fruncido a su amigo:

—¡Creí que habías violado y asesinado a mi mujer! —exclamó—.

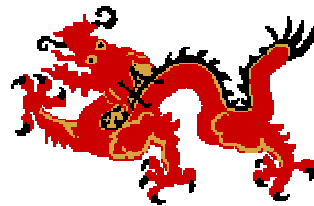
En el suelo, despojado del acero, se sentó Cornell; se restregó la frente y dijo:

—Hace un minuto estaba convencido de que eso era lo que le habías hecho a mi hermana — explicó, momento en que lo asaltó una idea, y volvió a encenderse en su mirada el fuego de la ira—. ¡El demonio! ¡Por todos los Dioses, por el Gran Dragón Rector de Cayaboré, Gabe, el demonio hizo que nos odiáramos el uno al otro!

—Oh —gruñó el bárbaro, mientras, sin darse cuenta, tanteaba el filo de *bwyell* fijándose si había sufrido algún daño—. Odiémoslo y matémoslo a *él*.

—Justo lo que pensaba —asintió Cornell, que recogió su espada y se incorporó jadeante; ahí fue cuando volvió a abrírsele un tajo en la pierna izquierda del que comenzó a manar sangre—. No bien me ponga un vendaje en esto.

Gabe asintió con un murmullo, se arrancó un trozo de la camisa que llevaba debajo del abrigo de piel y procedió a asistir a su amigo. Sus propias heridas comenzaron a hacerse sentir apenas unos instantes después, por lo que la camisa se convirtió en otro torniquete más.



Flink estuvo por tocar el pálido rostro de Geschwind, tratando de cerrar los ojos abiertos. A un centímetro de la reseca y fría piel retiró la mano como un rayo:

—¿Qué he hecho? ¡Oh, *ihr Götter*, *vergebt mir!*

—Todavía no terminó —advirtió Halla Valfrey—. Están los tonomai.

El desatento Flink levantó la vista y vio a los granujas que se acercaban. Algunos estaban rezagados, preguntándose cómo un simple alreu pudo haber destruido un poderoso demonio; la mayoría, entretanto, había decidido descargar la ira de su desilusión en un blanco tan fácil como ése.

No quedaba mucho en Flink que hiciera pensar lo contrario. Había asesinado a otro alreu. Sí, claro, de paso había destruido un demonio, pero...

La primera hilera de tonomai estaba a una distancia suficiente para atacar con las cimitarras, cuando, de pronto, ¡el alreu se levantó y no paró de levantarse! Flink parecía de dos metros y medio de altura: su contextura diminuta se hizo masa muscular, y su rostro era dueño de todos los rasgos de la nobleza; en ese momento, de su boca salió una voz que dijo:

—*Idos de aquí, imbéciles. Eso es lo que mando.*

Del espanto se les cayeron las cimitarras contra el suelo. El terror se apoderó del rostro de todos los tonomai, y los altivos guerreros se echaron a correr si mirar atrás.

De haberlo hecho, quizá habrían cambiado de parecer, pues Flink —ya de vuelta a su común y corriente metro de altura— se miraba con asombro:

—Dije... ¿dije eso recién?

El broquel, a una ínfima distancia del alreu, tembló. Siguió un poco más hasta que apareció la voz de Halla:

—¿Ana? ¿Ana, fuiste tú?

Otra voz, de larga ausencia, intervino cuando Phindar suspiró de alivio. Dijo el sacerdote de Decalleigh:

—Parece que sí, Halla, ¿o no? ¡Oh, dulce Vencedor de la Enfermedad, es bueno estar de vuelta! Madre mía, jamás habría imaginado que un *alreu* derrotaría a un *demonio*. ¡Por los Dioses, Flink, eres uno de los héroes!

—¿Fui... alto? —susurró sorprendido Flink—.

—No, fue sólo una ilusión —dijo carcajeando Phindar—. Aquí nuestra querida Ana te hizo aparecer como un noble guerrero, eso es lo que ella hace.

—¿Ana?

—¿Cómo? —exclamó Phindar—. ¿Has olvidado que tu amigo el escudado cortó *cuatro* cabezas del holnesh? Ana es un poco tímida, pero también está aquí. ¡Oh, vamos, muchacha, háblale a nuestro héroe!

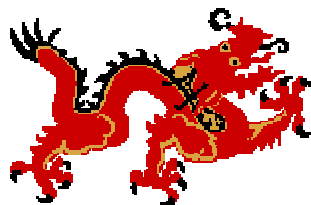
No hubo respuesta.

Flink se quedó mirando al escudo un buen rato, para después levantar la vista y mirar fijo la ladera más lejana de la colina, donde dos hombres venían corriendo, si es que se le podía decir “correr” al pesado andar que les permitían las heridas.

Mas Flink sonrió, remplazando con absoluta felicidad todos los tremebundos pensamientos. El alreu se incorporó en un segundo, y salió de inmediato corriendo al encuentro de los dos hombres.

—¡Señores! ¡Gabe, Cornell! ¡Tengo una historia que contarles! ¡Maté un demonio! ¡Yo solo! ¡Excepto por la ayuda de mis amigos en el escudo, que estuvieron grandiosos, realmente maravillosos! ¡Tienen que escuchar esto!

Seguirá siendo un misterio por siempre cómo una criatura pudo hablar tanto mientras corría a toda velocidad. Obviamente, jamás ha sido un problema para ningún alreu, en particular, no para Flink.



—¿Siempre me encajarán este caballo? —musitó Cornell al montar la yegua que había comprado en el Desierto Elfadil, criatura que parecía poco afectada por el encuentro con un demonio; para sorpresa, no se habían robado las alforjas; era ese enjuto e innoble equino lo que en serio detestaba

Cornell—. ¿Los tonomai no podrían haber robado este caballo? A los de ellos los separa un abismo de éste!

Gabe estaba demasiado ocupado sacando las últimas joyas de las cimitarras que habían dejado los tonomai como para responder. Para él, eran muy escasos los tontos guerreros que habían comprado joyas para embellecer las espadas. La mayoría tenía sencillos mangos de madera que no valían casi nada. ¿Acaso esos idiotas no tenían *ningún* respeto por los buenos muchachos que los vencían y deseaban lucrar con ello?

—¿Alguien todavía está conmigo? —inquirió Cornell al aire—.

—Bueno —dijo Phindar desde el escudo—, eso sí que fue una buena demostración, muchachos. Si no les importa que lo diga, me recuerda el momento en que mi caravana se topó con la guarida de los bandidos en el Páramo Hierkana. Zona muy mala esa, y esos bandidos...

—Oh, cállate, ¿me haces el favor? —murmuró Cornell—. Flink, vuelve a subir a tu caballo, y pongámonos en marcha. ¡De veras, *de veras* que quiero llegar a un pueblo decente y darme un *baño*!

El alreu no respondió. Estaba de pie en la tumba en que habían enterrado el destrozado cadáver de Geschwind, un diminuto montículo de tierra que pronto sería víctima del viento y las plantas. Habían clavado en el suelo uno de los postes de las carpas, y en él habían inscripto el nombre del alreu caído; un único recordatorio que difícilmente duraría mucho.

—*Vergebt mir, teuerster Freund* —susurró Flink—. *Ich schwor einen Eid, daß es nie wieder geschieht. Ich habe versagt, und Ihr musstet den Preis zahlen. Bitte vergebt mir.*

—¿Y eso qué fue? —musitó Cornell—.

—Nada —dijo Flink negando con la cabeza y sacándose de ella los malos pensamientos, para después encaminarse hacia su caballo enano—. ¡Estoy listo para cabalgar! ¿Vamos a ver algunos monstruos más en el camino?

Cornell largó un insulto:

—¡Claro que espero que no! Gabe, ¿vienes, o te has olvidado de más gemas?

Después que el bárbaro hubo arrancado de todos los aceros los objetos preciosos y cargado los últimos en sus alforjas, montó, y la partida dejó el lugar.

Quedaron las carpas de los tonomai, como también los tres espejos que había colocado Thennisgar y la solitaria tumba de un alreu que perdió la vida en una batalla de la que jamás se enteró.

FIN
